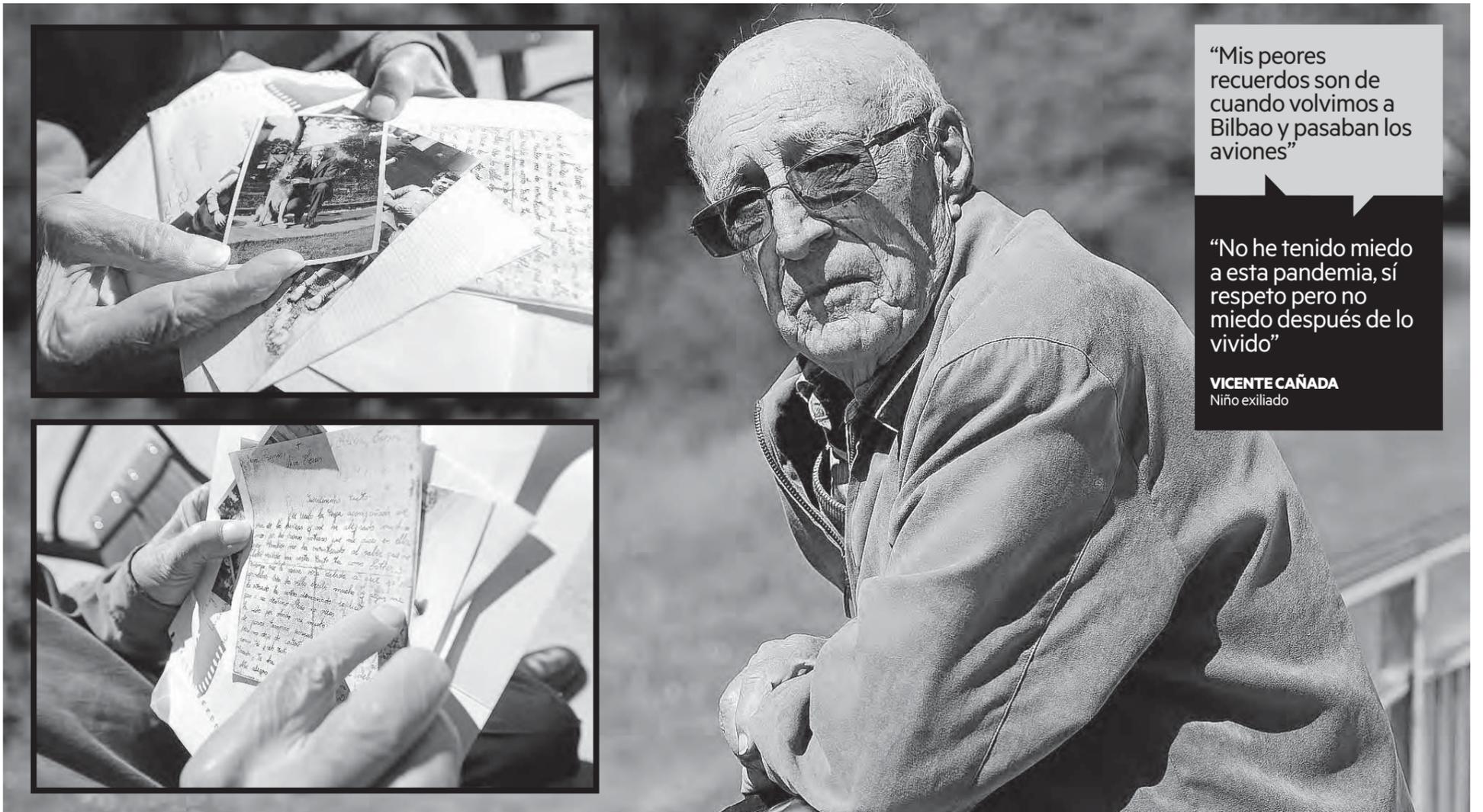


# Egunero

Porque fuimos somos y porque somos seremos. Lo dijo Joxemiel Barandiaran y su frase se hace presente para recordar mañana el aniversario del bombardeo de Gernika y poco después el exilio de 4.000 niños vascos. Carmen y Vicente son la memoria viva de lo que ocurrió. Desde Gran Bretaña y Bilbao reconstruyen un pasado presente.

Un reportaje de Olga Sáez

## La memoria histórica viva



“Mis peores recuerdos son de cuando volvimos a Bilbao y pasaban los aviones”

“No he tenido miedo a esta pandemia, sí respeto pero no miedo después de lo vivido”

**VICENTE CAÑADA**  
Niño exiliado

Vicente muestra una foto con el que considera su padre así como una carta manuscrita de una de sus primas. Foto: José Mari Martínez

**F**UERON 4.000 de entre ellos, niños, maestras, auxiliares y sacerdotes, los que embarcaron en el buque *Havana* en Santurtzi, rumbo a Southampton, en Inglaterra. Y desde ahí fueron repartidos en colonias por toda Gran Bretaña. Con el tiempo, la mayoría de ellos regresó con sus familias, pero unos 250 permanecieron en el Reino Unido, donde rehicieron sus vidas. De aquellos 4.000 son ya pocos los que sobreviven para poder contar su historia. Entre ellos, Vicente Cañada, de 91 años, memoria ávida y corazón limpio. “He pasado página”, dice. “Rencor he tenido para exportar y he soñado años con el dictador”.

La historia de Vicente parece un relato novelado de su vida, pero todo indica que es fiel a lo que vivió. Sin adornos literarios. Tenía 6 años cuando marchó en el buque *Hava-*

## “He tenido mucho rencor al dictador pero he pasado página”

VICENTE CAÑADA, A SUS 91 AÑOS, RELATA CON PRECISIÓN 84 AÑOS DESPUÉS COMO FUE SU EVACUACIÓN DEL PAÍS VASCO

na huyendo de la guerra. Era un niño así que no recuerda bien lo que sucedía, lo que en cambio sí le viene a la memoria “son los aviones sobrevolando Bilbao cuando regresó. “Al oír el ruido de las sirenas

corríamos a los refugios. Éramos chavales que jugamos en la calle y nos sorprendían las sirenas”. Embarcó solo, con unos primos de su edad y una prima algo mayor, 12 años, que sería la que en principio se haría car-

go de ellos. “Fueron dos años en el Reino Unido que los recuerdo feliz”.

El Gobierno vasco procuró que los niños vascos en el exilio estuvieran siempre agrupados de manera que aunque estaban apartados de sus

familias podrían sentirse arropados al encontrarse siempre en el mismo grupo según relatan algunos de los supervivientes de aquella época.

Peores recuerdos tiene de la vuelta. “Al llegar aquí era de llorar. Veníamos derrotados a entregarnos al enemigo. Atemorizados, arruinados”. La gente de mi época hemos tenido racionamiento del 36 al 50 y de hecho lo primero que se levantó fue el tabaco”.

Vicente dice que ha “pasado página” pero eso no impide que cada año y cada día muchas veces le asalten los recuerdos. Recuerdos que a veces lamenta no poder compartir con sus nietos. “A mí me da mucha pena no haber podido conocer más de la historia de mi abuelo, por eso les digo a mis nietos que aprovechen ahora que todavía me tienen aquí”.

Fueron 4.000 niños y eso le hace pensar en el presente. “Cuando oigo que han llegado a las costa 200 emigrantes y nos llevamos las manos a la cabeza me acuerdo que nosotros fuimos 4.000”. Una lección de hospitalidad que no olvida. Como tampoco se olvidó de su protector. “Fue para mí un padre, diría que más importante que el mío porque mi padre estuvo refugiado en Francia y en realidad tuve más relación con él”. Harry Seed fue un padre para él según lo recuerda todavía hoy.

Vicente volvió a verle después de años gracias al contacto que mantuvo con otro de los niños de la guerra amigo suyo, Luis Arrollo, que se quedó a vivirán Gran Bretaña. “Pude ir a su casa y lloramos recordando todo lo ocurrido”, confiesa Vicente.

Vicente cree que ahora la gente vive demasiado a lo suyo y no se interesan tanto por lo que pasó en otra época.

**LOS REFUGIOS** Pero su historia es parte de la nuestra. Como cuando descubre los lugares en los que se refugiaban para protegerse de las bombas en la Sala Cuna así como en un túnel que había en lo que se llamaba el comunicó, porque era un terreno municipal donde los obreros dejan los postes, las gr...

Vicente fue durante muchos años presidente de la Asociación de los niños evacuados en el 37, pero en 2012 se disolvió. “Éramos muy mayores y quedábamos pocos. Habíamos cumplido en parte nuestro objetivo”.

Pero entonces, precisamente cuando pensaba disolverse como asociación se dieron cuenta de que tenían una deuda que saldar. Nada más y nada menos que reconocer el amparo que les dio el capitán del *Havana*.

“Fue una persona crucial en nuestra evacuación y no habíamos sabido reconocerle. Por eso estábamos en deuda con él”. Vicente explica que eran niños y ni siquiera repararon en aquel capitán que cruzó con ellos el mar y puso millas de distancia con las bombas.

Fue cuando pensaban disolver la asociación cuando “una señora catedrática de Filología Hispánica en Burdeos nos mandó un mensaje diciendo si podía acudir porque tenía con ella al nieto y al biznieto del capitán del *Havana*. Fue un descubrimiento para nosotros”.

Y así, es como relata Vicente que cree que pudieron agradecer a Ricardo Fernández, capitán del *Havana*, la valentía de llevar a aquellos 4.000 niños, maestras y auxiliares lejos de la guerra.

Han pasado muchos años, tantos como para conmemorar el 84 aniversario del bombardeo de la villa y la posterior evacuación de los niños pero la memoria sigue viva en los supervivientes que como Vicente viven ahora sin miedo el presente a pesar de que una pandemia haya puesto en jaque a toda la sociedad. ●



Carmen Kilner durante la entrevista. Foto: José Mari Martínez

## “Necesitamos saber de nuestras raíces para entender el presente”

**CARMEN KILNER, HIJA DE UNA DE LAS JÓVENES MAESTRAS QUE ACOMPAÑARON A LOS NIÑOS VASCOS EXILIADOS SIGUE MANTENIENDO VIVA SU MEMORIA**

**U**NO quiere saber de sus raíces y me di cuenta de que no sabía demasiado de la vida de mis padres, de hecho me sorprendió bastante conocer la vida de mi madre. Al morir se encontró una caja de documentos entre los que había sobre todo cartas que se intercambiaban las mujeres exiliadas para saber cómo se encontraban y tener ese contacto”. Carmen Kilner es hija de Ana María González Garate, ya fallecida, una de aquellas jóvenes maestras que atendieron a los niños vascos exiliados en Gran Bretaña huyendo de la guerra. Descubrió tarde y casi de forma casual que su madre había vivido el bombardeo y su interés por rescatar la memoria de lo que ocurrió le hizo involucrarse en la asociación que crearon Natalia Benjamín y Manuel Moreno, hijos también de una maestra y una niña. Ahora, es presidenta de las Asociaciones para los Niños Vascos evacuados al Reino Unido en el 37 con sede en Euskadi y también en Reino Unido.

Carmen ha ido reconstruyendo parte de la historia de su madre aunque tiene inquietud por descubrir aún más. “Mis padres estaban más interesados en que nos integráramos en la sociedad en la que vivíamos que en contarnos su pasado. Querían que mirásemos para adelante. Ahora, después de hablar con más gente que ha sufrido las guerras entiendo por qué ellos querían que mirásemos al futuro”.

Carmen cree que es importante mantener la memoria de todo lo que pasó, incluso, a veces te ayuda a comprender otras situaciones que se producen en la actualidad y situaciones de otros refugiados que ahora huyen de sus países que están en guerra.

Cuando Carmen empezó con la asociación dejó su trabajo y se metió de lleno en la historia. La recopilación de lo que ocurrió le ha llevado a dar charlas aquí en el País Vasco, en ikastolas, y le ha permitido comprobar en todos los lugares donde ha estado cómo muchos niños al lle-

gar a casa y contar que habían estado escuchándola descubrían de sus familiares que ellos también tenían allegados que habían sido niños de la guerra.

¿Por qué su abuela dejaría a Ana María con solo 22 años apuntarse a las voluntarias que pedía el Gobierno vasco para acompañar a los niños que exiliaban al Reino Unido?

“Fue pura supervivencia”, dice Carmen. “Los falangistas pegaban y maltrataban a las mujeres y no les dejaban ser maestras. No veían bien que fueran mujeres, maestras y menos aún que fueran algo políticas”. Y fue así como Ana María embarcaba con los niños a los que incluso cantaba nanas para dormir. “Mi madre estaba muy preocupada de lo que pasaba en Euskadi. Cuando se anunció que había caído Bilbao nos contó que fue terrible. Llantos. Los chicos más mayores salieron para coger un barco en Southampton y llorar a sus familias pero fueron recogidos y llevados de nuevo a los campamentos”.

La historia de su madre ha impregnado una forma de ser de Carmen, esa que le hace reflexionar sobre el comportamiento que existe ahora con los niños refugiados en todos los países. Su madre nunca quiso regresar, “al principio era volver de una democracia a una dictadura y ade-

más era muy complicado para una maestra. Después hizo su vida aquí”. De hecho, Ana María conoció a su marido en el Hogar español en Londres donde se juntaría por aquellos años la juventud. Él, un estudiante de ingeniería civil en Madrid, también fue maestro de los niños exiliados, aunque se conocerían años después. Carmen siempre escuchó en su casa la historia de los niños exiliados y tuvo contacto desde pequeñas con una de las asistentes con la que su madre se reunía los fines de semana. “A mí –dice– me molestaba cuando otros niños niños llamaban a mi madre mamá. No lo entendería”, confiesa.

Fue cuando su madre ya enferma y mientras ella le leía un libro –*Solo serán tres meses*– vio cómo intentaba comunicarse y darle señales de que ella había vivido esa guerra. Entonces, Carmen descubrió lo que seguramente para evitarle dolor sus padres nunca se lo habían contado.

Desde la asociación ha trabajado y trabaja para conocer la historia. De hecho se han publicado dos libros que ayudan a esclarecer el pasado: *Campamento de recepción -North Stoneham* y *Dónde estaba mi madre* The Oaks, Carshalton, Surrey que se puedan adquirir en la página [euskadi@basquechildren.org](mailto:euskadi@basquechildren.org). ●